

OCTAVIO IANNI

## PROCESO POLÍTICO Y DESARROLLO ECONÓMICO DEL BRASIL

### *Introducción*

EN LOS ÚLTIMOS cuarenta años, el pueblo brasileño se liberó de los límites estrechos en los que fue forzado a construir su vida, se encaminó al desarrollo de sus fuerzas productivas, a la renovación de su organización social y a la constitución de innumerables proyectos para el dominio de su propio futuro. Al abandonar el horizonte restringido de una existencia colonial, el pueblo ha realizado el enriquecimiento de su vida económica, política y cultural, conduciendo su destino por sus propias manos. La importancia de esa transformación solamente puede ser comprendida si tuviéramos en mente que la historia reciente del país involucra el paso de una civilización eminentemente agraria a una de tipo urbano-industrial. Fue una sociedad dominada por la tradición y por el estilo comunitario de vida que se modificó radicalmente, organizándose según los patrones racionales del universo capitalista. En su carácter dominante, en la sociedad en que imperaba el *coronelismo* como institución política fundamental, se difundió el *populismo*, forma intermediaria en el proceso de madurez política de los grupos asalariados. Mientras las clases sociales no se estructuraban pudiendo proyectar sus concepciones del mundo de manera más clara, las organizaciones de las actividades políticas se resienten de la ambigüedad de un sistema social de cambios acentuados.

Es evidente que aún en la actualidad se preservan y funcionan extensos segmentos de la sociedad arcaica, basada en actividades económicas de tipo colonial o de subsistencia, lo que posibilita la sobrevivencia de una cultura y actividades políticas de tipo comunitario. Conviene añadir que esos segmentos poseen apreciable importancia en el funcionamiento de la sociedad brasileña en su conjunto. Entre tanto, esto no impide que la civilización brasileña se encuentre marcada por la civilización de tipo nítidamente capitalista, en la que el mundo urbano e industrial, peculiar

al sistema, se presenta dominante. Es que, a pesar de no haber realizado completamente su dominio, la sociedad de masas suplantó a la sociedad tradicional. En una primera aproximación, la civilización de tipo comunitario, patrimonialista, fue suplantada por la civilización de tipo societario, capitalista.

Esas transformaciones no se han realizado aún completamente, ni se verificaron sin el apareamiento y el desarrollo de tensiones, contradicciones y procesos, que implican la diversificación y el enriquecimiento de la estructura económico-social de la organización política y de la cultura. Muchos son los acontecimientos que sacudieron y sacuden al pueblo brasileño: procesos revolucionarios, reformas institucionales, lucha de clases, reestructuración de los poderes políticos, avances y retrocesos en el camino de la independencia económica y la expansión de las fuerzas productivas, participación activa del ejército y del clero en la vida política nacional, formación e incremento de las actividades políticas de la juventud universitaria, surgimiento de movimientos extrapartidarios de opinión pública; en resumen, la expansión de la democracia en el país. Estos son algunos de los acontecimientos fundamentales en las últimas décadas, especialmente en las recientes. Son ellos los que dan sustancia y significado al proceso político nacional, determinado fundamentalmente por las condiciones y tendencias del desarrollo económico y social de la nación. Las perspectivas del pueblo brasileño, en los momentos de perplejidad que viene atravesando, son las que ofrecen una realidad compleja y fascinante.

### 1. *Revolución e industrialización*

La sociedad brasileña entró en la fase del desarrollo, realizando el primer impulso, al manifestar y desenvolver sus energías como consecuencia de la conjugación dinámica de múltiples condiciones y factores favorables. Aunque esas condiciones y factores hubieran surgido en décadas anteriores y estuvieran operando desde los primeros tiempos de la independencia política del país (1822), fue solamente a partir de 1930 que la nación formuló un programa nacional de transformación de su economía y de la organización sociopolítica. A pesar de actuar con intensidad variable anteriormente y en las últimas décadas, se estructuró un nuevo sentido de la vida nacional.

Pero no fue la crisis de la producción cafetalera el fenómeno responsable de esa reorientación. Es indiscutible que la gran crisis del café de

1929, año en que se inició, fue un acontecimiento relevante en ese proceso, aunque no determinante. La socialización de las pérdidas,<sup>1</sup> mecanismo que comenzó a funcionar en 1906, sobrecargando excesivamente a los consumidores de artículos de importación y reflejándose en toda la población nacional vinculada a la economía monetaria, no fue el factor fundamental en la deflagración del proceso revolucionario que culminó con la revolución de 1930. De hecho, ese fenómeno es imprescindible en la comprensión de la época, siendo esencial asimismo la caracterización de los acontecimientos políticos en los que se involucraron sectores ponderables de la incipiente burguesía industrial y financiera, proletariado, clase media, así como ciertos grupos militares empeñados en la democratización de la vida nacional. En el nivel político de los acontecimientos, los efectos onerosos de la socialización de las pérdidas fueron excesivos, debiendo, por lo tanto, ser tomados en cuenta. Además, ese mecanismo, que ya venía siendo puesto en práctica siempre que la producción cafetalera entraba en crisis (generalmente de sobreproducción), era la manifestación visible y extrema del tipo de economía que dominaba a la nación, manteniéndola presa y dependiente en el seno de la economía internacional. Como las crisis eran ocasionadas de afuera hacia adentro debido al deterioro de las relaciones de cambio, los grupos no identificados con los intereses cafetaleros comenzaron a reaccionar y organizarse realizando movimientos políticos armados y provocando, finalmente, una reorientación completa de la política económica nacional, lo que ocurrió solamente después de 1930.

Hasta la revolución, el poder se hallaba en manos de los representantes de la burguesía agrariocomercial, que lo mantenían totalmente, manipulando los instrumentos estatales en beneficio de la clase y de los intereses de la burguesía internacional ligada a la comercialización del café, y quien proveía de manufacturas al mercado nacional. Por eso, aun en el nivel político, las tensiones y los conflictos sociales se repetían, ya que la sociedad no tenía organizado un sistema de instituciones adecuadas a la manifestación de las nuevas formas de existencia social, incluyendo la democratización de esferas básicas. Como el poder se encontraba en manos de los representantes de los sectores de la burguesía ligados a la producción y comercialización del café, y, en menor escala, a los del cacao, algodón y otros productos tropicales, la *ciudad* no podía manifestar con plenitud las fuerzas y las corrientes que emergían y que se desarrollaban con

<sup>1</sup> El mecanismo de socialización de las pérdidas fue escrito por J. Pandiá Calógeras, *A Política Monetária do Brasil*, Cia. Editora Nacional, São Paulo, 1960 (1ª Edición, 1910), Cap. XXIV. Y fue tratado teóricamente por Celso Furtado, *A Economia Brasileira*, Editora A Noite, Rio de Janeiro, esp. págs. 101-105.

la industrialización y la urbanización. En una sociedad cuyas fuerzas políticas presionaban cada vez más para manifestarse y actuar en el liderazgo de las actividades económicosociales, el poder se encontraba en las manos de los representantes de la llamada "aristocracia agraria", que no estaba en condiciones de entender las tendencias de la coyuntura. Como esa burguesía agrariocomercial había sido generada históricamente en el seno de una sociedad tipo colonial, apoyada en la esclavitud, no estaba en condiciones de reorientar radicalmente su visión del mundo para comprender la inexorabilidad de las transformaciones en gestación. Habituada a manejar los negocios de la *nación*, así como los de la *hacienda*, con base en los patrones tradicionales, en el ejercicio del mando personalista, como si estuviesen en el centro de un sistema patrimonial, la aristocracia agraria no entendió ni admitió las reivindicaciones de las nuevas fuerzas políticas. Menos comprendió las tendencias de las modificaciones de la infraestructura. A medida que las continuas alteraciones se venían generando en la economía nacional, con el surgimiento de unidades artesanales y fabriles, de un mercado interno incipiente, de existencia de mano de obra disponible o subocupada, de escaramuzas entre las clases sociales en formación, de nuevas corrientes políticas o innovadoras de una conciencia antiimperialista o de defensa del mercado interno y de los recursos naturales, de una comprensión científica del mundo, de una comprensión de posición relativa del Brasil entre las naciones dominantes y dominadas, de la potencia de los recursos y del pueblo, en fin, con el apareamiento de fenómenos y procesos que ella no estaba en condiciones de abarcar y comprender, la burguesía agrariocomercial zozobró estruendosamente como si fuera víctima de un diluvio. La crisis cafetalera de 1929 y la revolución de 1930 se le presentaron con tal ímpetu que fueron consideradas individual y colectivamente como un cataclismo. Y así fue para grandes sectores de esa clase. Como ella no había construido una imagen objetiva de la nación, identificando a ésta con la hacienda, no pudo discernir las fuerzas vivas que se liberaban paulatinamente en otras esferas de la sociedad.

Ésas son las condiciones y los factores que, conjugados dinámicamente, produjeron la liquidación política de la burguesía agrariocomercial y la reorientación de la economía brasileña, propiciando su ingreso en la etapa de la industrialización. Por tanto, no es el fenómeno de la socialización de las pérdidas lo que está en la base del derrocamiento de aquella burguesía; por el contrario, está en su superficie, alimentando tensiones, luchas y movimientos políticos. Los fundamentos de la crisis de la civilización agraria y de la eclosión de la nueva etapa de la sociedad, son complejos y profundos. Debemos abordarlos en sus líneas generales.

En primer lugar, es la crisis del sistema colonial, interna y externa, la que proporciona el contexto más general. En el plano interno, con la sobreproducción continua y la baja productividad del trabajo nacional se tocan profundamente los intereses de las clases no vinculadas a la producción del café. Y la política económica del gobierno, en manos de los opuestos a aquellos intereses, no supo orientarse de manera tal que preservara el funcionamiento de la vida económica; al darse la sobreproducción se formularon mecanismos que no alcanzaron a razonar suficientemente la defensa de los intereses de una economía de tipo colonial. En el plano externo, el sistema capitalista internacional entraba en profunda crisis; pocos años después de una guerra que ya había apoyado una buena parte de su poder sobre la economía de las naciones dependientes. El corto periodo de prosperidad que antecedió a 1929 no fue suficiente para una reestructuración vigorosa del sistema colonial, lo que significa que no fue difícil soltar algunos lazos imperialistas ya aflojados con la guerra de 1914-1918. Esa conjugación de crisis endógenas y exógenas fueron decisivas para la presentación de las condiciones dinámicas del proceso de reorientación de la estructura económico-social brasileña. Pero esto no es todo.

En segundo lugar, entre los fundamentos de la eclosión de la nueva fase se cuenta el surgimiento y ampliación de las fuerzas productivas nacionales, debido, en parte, a factores creados en el interior de la propia producción cafetalera. Así, al proteger el nivel de ingreso de los cafetaleros por la elevación del tipo de cambio, ocasionando también el alza de los precios de las importaciones, dificultando el mantenimiento del ritmo y volumen de éstas, al mismo tiempo que se renovaban las defensas de la incipiente producción artesanal y fabril. A pesar de su bajo nivel tecnológico, de la calidad y costos, la producción interna encontraba nuevos estímulos en las barreras indirectas erigidas a la importación a través de las manipulaciones del tipo de cambio. Además, las fuerzas productivas se veían estimuladas con la expansión del régimen de salarios en el campo —en el seno de la propia producción cafetalera—, y en las ciudades con la proliferación de los servicios, transportes, comunicaciones, etc. Las funciones político-administrativas, así como las militares, asociadas a las ya mencionadas, imponían una ampliación creciente del mercado interno, lo que, en momentos de crisis, estimulaba la producción de las unidades artesanales y fabriles e incitaba a nuevas inversiones.

En tercer lugar, entre los fenómenos que deben ser tomados en cuenta para la explicación del aceleramiento verificado a partir de 1930, cuéntanse los movimientos políticos de las poblaciones urbanas, que habían adquirido

una visión más objetiva de las condiciones presentes y de las posibilidades de la economía y de la sociedad nacionales, debido, no solamente a las crisis internas y externas, sino también, al éxito del movimiento revolucionario bolchevique, que desde su instalación en el poder comenzó a ejercer efectos catalizadores en los movimientos políticos de todas las naciones enmarcadas dentro del sistema capitalista mundial. Con intensidad y sentidos variables, esa revolución, así como otros movimientos políticos de importancia, repercutieron continuamente en el seno de la sociedad brasileña, especialmente en sus núcleos urbanos socialmente más diversificados. Por lo menos, como opción histórica posible, el desarrollo económicosocial planificado que se inauguraba en la URSS empezó actuando acumulativamente en la conciencia de ciertos sectores del proletariado. El partido comunista del Brasil se funda en 1922 con base en la tradición de luchas y experiencias acumuladas desde fines del siglo XIX.

Esos son los fundamentos del proceso revolucionario que penetraron en la nación a partir de la segunda década de este siglo. Sin ellos no se entendería la crisis de la civilización agraria brasileña ni la etapa de transformaciones económicosociales y políticas iniciadas en 1930. En conexión con otros fenómenos vinculados a la "acumulación primitiva" en Brasil, esos acontecimientos son esenciales para una comprensión cabal de las condiciones de expansión de la sociedad. Junto con la separación radical entre los trabajadores y los medios de producción —realizada con la abolición de la esclavitud (1888) y con el estímulo de la inmigración italiana, alemana, polaca, japonesa, etc., formándose el indispensable ejército de trabajadores libres—, los acontecimientos mencionados permiten la construcción de una totalidad histórica integrada que contiene los principales determinantes del proceso político y del desarrollo socioeconómico brasileño. Como ha sido demostrado por el desarrollo consciente de la sociedad, el presente sería incomprendible sin la consideración de ese periodo crítico de la historia nacional. Y es que el presente está lleno de las determinaciones del sistema social que comenzó a configurarse a principios de 1930. En gran parte, continuamos enmarcados en el seno de la crisis que destruyó a la antigua civilización agraria y que propició una civilización capitalista industrial.

Con base en esos elementos, es posible formular una mejor comprensión de algunos de los significados del movimiento armado que desalojó parcialmente a la burguesía agrariocomercial en el poder. Así, la revolución de 1930 es un fenómeno que adquiere sus perfiles esenciales cuando se vislumbran ciertos componentes históricos de significación estructural que solamente son explicativos cuando se encuadran en su contexto.

En primer lugar, esa revolución debe ser encarada como una reacción, por parte de las clases vinculadas a las actividades industriales y financieras, al comercio y a los servicios, a la política económica en vigor, que hasta entonces beneficia al sector colonial de la sociedad. Las esferas económicas y sociales que se formaban entonces, identificadas con un destino autónomo o independiente para el país, se oponen agresivamente al sistema colonial en bancarrota del interior. Debido a los desequilibrios de las fuerzas económicas y políticas, la burguesía, el proletariado industrial y la clase media urbana reaccionan a la continuidad del tipo de apropiación ejercida por la burguesía agrariocomercial, y expresan, en todo, su fuerza en el mecanismo de la socialización de las pérdidas. Mientras que el análisis económico ha visto en este fenómeno apenas sus efectos e implicaciones económicas —en la preservación de un sistema o en la creación de condiciones favorables a la implantación de uno nuevo—, el análisis dialéctico puede proporcionar también significados sociopolíticos que aclaren plenamente su contenido histórico estructural.

En segundo lugar, la revolución es proceso contrario a la orientación tradicional de la política económica que llevaba el *excedente económico* a distribuirse improductivamente en el interior y fuera del país o a canalizarse hacia el exterior de acuerdo con la apropiación imperialista. Es que las clases no identificadas con la agricultura colonial estaban comprendiendo el alcance de la expoliación imperialista involucrada en aquel tipo de organización de las actividades productivas. En ese sentido, la revolución de 1930 es, al mismo tiempo, una reacción a las dos formas de manifestación de la economía colonial: internamente, contra la "aristocracia agraria", apoyada en una economía que agotaba sus posibilidades; externamente, contra la manipulación exógena y la imposición de políticas económicas extrañas a los intereses del pueblo en su conjunto. Con ella se comienzan a interiorizar los centros de decisión sobre las tendencias de la economía y de la sociedad nacional mantenidos hasta entonces casi totalmente en el exterior.

En tercer lugar, se trata de un movimiento armado destinado a forzar y precipitar la explosión final de la estructura económica, social y política, de base agraria, creada y sustentada por el capitalismo imperialista. Para expandirse el sistema en gestación, era necesario romper aquel que se encontraba en vigor y acelerar la democratización de la vida nacional, a fin de que se instalara la organización capitalista de base industrial. La liberación de las fuerzas productivas, por tanto, no era un fenómeno aislado. Implicaba, al mismo tiempo, la destrucción del poderío de la burguesía agrariocomercial, la reformulación de las instituciones existentes o

la creación de nuevas, y el descubrimiento de los caminos para una política económica independiente y autónoma de desarrollo.

Por eso, todas las clases sociales están representadas en la Alianza Liberal, que realiza la revolución de 1930 y toma el poder. Por eso, todos los nuevos gobernantes no representan sino una clase y procuran mantener un equilibrio dinámico, apoyándose en la burguesía industrial y financiera, en el proletariado, en la clase media y en los grupos militares identificados con la civilización democrática. Corrientes de izquierda, centro y de derecha, estaban representadas en el movimiento y pretendían alcanzar el poder. Mientras tanto, como la correlación de fuerzas no era suficientemente favorable a ninguno de los grupos (apenas en pequeña escala a la burguesía nacional), el gobierno necesitó adoptar una línea conciliadora y variable que oscilaba en función de la dinámica interna de las transformaciones desiguales del sistema económicosocial. Por eso, a medida que se deshacía de las presiones de los extremos —tales como las de una facción del *tenentismo* que pretendía llevar la democratización más lejos o la reacción agraria del 32 que intentó restablecer el cuadro anterior—, Getulio Vargas también atendía parte de las reivindicaciones de esos mismos sectores. En ese sentido, el periodo que va de 1930 a 1938 es de avances y retrocesos, a través de los cuales el grupo que se encontraba en el poder reestructura el aparato estatal. Tanto la contrarrevolución de 1932, el levantamiento comunista de 1935, la implantación de una dictadura en 1937 y el malogrado movimiento fascista (Acción Integralista) esbozado en 1938, son fenómenos que sacuden las manifestaciones críticas, extremas, de las fuerzas políticas activas en el seno de la sociedad brasileña. Entre tanto, a medida que el poder se consolida, siempre en términos de un equilibrio bastante inestable, a veces frágil, algunas de las reivindicaciones de las clases representadas en aquellos movimientos políticos acabaron por ser atendidas. Así es como el proletariado y la burguesía agrariocomercial restante de la crisis, comenzaron a ver parte de sus intereses atendidos. Vuelven a tomarse medidas de defensa para la producción cafetalera y se pone en vigor una legislación laborista sistematizada, expresiones nítidas de las contradicciones que revolvían el interior de la sociedad brasileña.

El nuevo equilibrio, en la medida en que es alcanzado y preservado, se realiza bajo el mando de la burguesía industrial en ascenso, que se beneficia con el proteccionismo vigoroso, aunque indirecto, propiciado por la guerra mundial de 1939-1945; así como ya se beneficiara con la de 1914-1918 y con la crisis de 1929 que también sacude las bases del sistema colonial en el cual se encontraba Brasil. Con un horizonte político más amplio que las burguesías agraria y comercial constituidas en un pasado

exclusivamente colonial, la burguesía industrial y financiera, jugando con la clase obrera en formación y la clase media ambigua, consolidóse en el poder. Pero no se constituyó en una clase unida. Como ella se encontraba dividida, básicamente frente a la presiones del nuevo estilo del imperialismo y de la combatividad de la clases asalariadas, se divide y se debilita, componiéndose, ora con fuerzas políticas de los sectores agrarios organizados en moldes arcaicos, ora con el proletariado industrial, o entonces, como ocurre actualmente, aprovechándose de las tensiones políticas que se expanden en diversas regiones agrícolas. Como la burguesía industrial y financiera sabe que las clases asalariadas pueden optar por un desarrollo de las fuerzas productivas en términos socialistas, repitiendo experiencias históricas, procura realizar reformas institucionales y acelerar la democratización de ciertas esferas de la vida nacional, con el fin de que el país pase rápidamente el periodo crítico en que fue lanzado desde la revolución de 1930.

## 2. *Instituciones para el desarrollo*

Al arrebatarse parte del poder de las manos de la antigua burguesía agrario-comercial, la burguesía industrial naciente y recién llegada comprendió que la dirección de la nación no dependía solamente de su voluntad y decisión. Comprendió que el ejercicio del poder dependía de la adopción e innovación de técnicas de mando juntamente con el manejo activo de las fuerzas políticas que componían la sociedad. Por eso fue obligada a atender parcialmente los intereses del proletariado, de la burguesía agrario-comercial y de la clase media, representada en el gobierno como contingencia natural de la correlación dinámica de las fuerzas políticas internas y externas. Comprendió, también, que las relaciones entre la nación y los otros países, especialmente el imperialismo, no podrían ser cortadas, pura y simplemente, sino reformulándolas. Entendió, todavía, que la expansión de la civilización industrial no podría realizarse sin reformas o modificaciones más o menos profundas en algunos sectores estratégicos del sistema económico-social y político. Es que la burguesía industrial en ascenso, constató que las instituciones económicas, políticas, administrativas, educacionales, etc., heredadas del pasado, predominantemente agrario-colonial, no eran compatibles con el tipo de democracia necesaria e imprescindible a la instalación definitiva y expansión del régimen capitalista de producción en el sector industrial. Posteriormente, lo que se ha revelado en los últimos años y continúa aún en debate, esa burguesía tratará de

acelerar la expansión del capitalismo en el campo por intermedio de acciones dirigidas, principalmente a través de la reforma agraria. Mientras ésta no se concretiza, los efectos espontáneos del funcionamiento del sistema mercantil actúan paulatina y sistemáticamente sobre los segmentos agrarios más antiguos, haciendo que desaparezcan rápidamente.

Así, a medida que se consolida y funciona el sector industrial, dada su naturaleza peculiar —en que el trabajo muerto y el trabajo vivo encuentran una combinación dinámica especial—, se configuran dos posibilidades distintas a la expansión del capitalismo. Por un lado, el ritmo de capitalización posible en el área de las manufacturas, la expansión de los beneficios de la civilización industrial y la propulsión interna del sistema producen efectos reflejos, tanto en las esferas de la organización de la producción como en la organización social de la vida. Esto es, en los sectores artesanales, agrícolas y extractivos, organizados según los patrones precapitalistas o de un sistema agrariocolonial de tipo esclavista, comienzan a manifestar efectos, exigencias y repercusiones de los fenómenos, procesos y mecanismos puestos a funcionar en las esferas de la producción industrial y de la organización social urbana. A medida que se expande el estilo capitalista de organización social, las esferas de la nación en que las formas patrimoniales aún se preservan, comienzan a sufrir cambios internos en el sentido dado por el sector dominante. De acuerdo con el análisis dialéctico de la sociedad, siempre que un tipo dado de producción es superior a los demás, tiende a dominar, imponiendo transformaciones en dirección determinada. Así, desde que el sector industrial alcanzó predominio sobre la agricultura, las industrias extractivas y artesanales comenzaron a sufrir cambios internos que las conducían al estilo capitalista de organización de la producción y de la vida. Al entrar en contacto con los grupos fundados en una economía de subsistencia o de cambio, parcialmente mercantiles, el sistema industrial dominante —dada la dinámica interna que le es inherente y debido al alto índice relativo de capitalización de incorporación de procesos racionales— comenzó a ejercer efectos dinámicos sobre aquéllos. En ese sentido se realiza la secularización de la cultura y del comportamiento, y la reorientación de las relaciones de los hombres entre sí, con lo sobrenatural y con la naturaleza. Las creencias y los patrones de comportamiento, los valores y las normas sociales se modifican, transformándose, destruyéndose, en función de las imposiciones inevitables del sector industrial. Se disuelven las relaciones sociales existentes, en beneficio de otras. Éstos son los efectos naturales ocurrentes del funcionamiento y dominación de un sector de la producción sobre otro. Se encuentra en marcha la civilización capitalista industrial.

Por otro lado, —en el fondo de estos cambios—, ocurren alteraciones que son organizadas en términos de proyectos concebidos por la burguesía. Es que la consolidación y expansión del capitalismo industrial, involucrando el capitalismo en el campo, impone la formulación de programas de intervención en ciertas esferas de la sociedad, de modo que sea posible la plena manifestación del modo capitalista de producción.

Tal es el contexto en que se realizan y continúan realizándose las reformas institucionales de Brasil. Desde que adquirió acceso al poder la burguesía industrial, se vio en la contingencia de proponer y realizar reformas de variable amplitud. Empezando por la propia Constitución, muchas son las modificaciones introducidas en el sistema institucional brasileño. Debido a la conveniencia y necesidad de atender a los propios intereses, o a consecuencia de las presiones de las clases asalariadas, cuyas reivindicaciones económicas y políticas eran formuladas por partidos o movimientos políticos liberales o de izquierda, el Estado fue llevado poco a poco a realizar reformas. A pesar de chocar con los intereses aún poderosos de los grupos vinculados a los segmentos coloniales de la economía nacional, el gobierno, dominado por la burguesía industrial financiera, y apoyado en el juego por las clases asalariadas y los grupos militares, consigue formular metas y realizar parte de las reformas institucionales exigidas por la civilización industrial en formación.

Para eso, la propia Constitución promulgada en 1891 fue reformulada diversas veces. La Constitución de la República de los Estados Unidos de Brasil fue reformada parcialmente en 1926 y, en mayor grado, en 1934. Pero como las fuerzas productivas y las relaciones de producción se modificaban rápidamente, hubo nuevas revisiones constitucionales en 1937 y en 1946; y, en el presente, se impone continuamente la necesidad de otras alteraciones, considerando particularmente la urgencia en la realización de una reforma agraria de ámbito nacional. Debido a la expansión de las energías económicas y sociales como consecuencia de la crisis interna de la civilización colonial, y aun como resultado de las crisis sucesivas ocurridas en los principales centros del capitalismo internacional a partir de las guerras mundiales y del colapso de 1929, el padrón institucional brasileño, expreso en la Constitución, precisó alterarse profundamente. Al menos, con relación a ciertos aspectos de las actividades humanas, esas modificaciones se imponían y fueron efectuadas. En líneas generales, el Estado fue asumiendo paulatinamente el dominio de los instrumentos indispensables para la formulación y ejecución de la política económica nacional. Debido a la fragilidad de un sistema institucional constituido en el seno de una civilización agrariocolonial, el nuevo orden económico social se vio en

la contingencia de reformular ciertas instituciones o dar estructura legal a otras para defenderse, tanto de las inconsistencias del orden económico-social anterior como de las presiones imperialistas habitadas a la pasividad absoluta de las *élites* brasileñas. En la Constitución de 1891, por ejemplo, no se toman precauciones para la defensa de las minas y recursos naturales, pues se suponía, según la filosofía liberal en que se apoyaba, que en una verdadera democracia el Estado no puede interferir en esos asuntos. Por tal cosa, las minas pertenecen a los propietarios del suelo, sean ellos nacionales o extranjeros, no habiendo restricciones para su explotación. Solamente en la versión de 1934, la Constitución asume una nueva comprensión de los recursos naturales. En ésta ya se estipula que, a pesar de la propiedad privada, solamente el gobierno federal podrá autorizar su explotación, que es reservada a brasileños o a empresas organizadas en el país (pudiendo, pues, representar intereses extranjeros). En la versión de 1937, así como en la de 1946 que se encontraba en vigor, las minas y recursos naturales son considerados independientes de la propiedad del suelo para efectos de explotación, que depende de la autorización del gobierno federal. En tanto que la Carta Constitucional de 1937 reserva la explotación exclusivamente a brasileños o empresas constituidas por accionistas nacionales, la de 1946 omitirá la participación de las empresas. Es que, en sus ofensivas renovadas, el capitalismo internacional precisaba establecer condiciones para la explotación de áreas nonacíticas u otros minerales de valor estratégico, además del interés creciente por los recursos petrolíferos.

Esa reintegración sucesiva del sistema institucional brasileño, conforme surge en las diversas versiones de la Constitución, es una manifestación nítida y directa del juego de los intereses nacionales y del imperialismo. En ese contexto surge y se desenvuelve el *nacionalismo*. Este movimiento político es una de las manifestaciones más abiertas de la burguesía industrial nacional en ascenso. Como no tuvo fuerzas suficientes para afirmarse e imponer sus decisiones a otras clases y a otros grupos burgueses, fue obligada a formular una ideología y un movimiento orientado a preservar los recursos y los productos del trabajo nacional. A través del nacionalismo se realizaron algunas de las más importantes batallas políticas a partir de 1930, especialmente en los últimos años. Bajo el pretexto de preservar las minas y los recursos naturales para el "pueblo brasileño", en beneficio del cual deberían ser explotadas, la burguesía nacional manipuló en escala variable a las clases asalariadas, haciéndolas identificar, al menos tácticamente, los intereses de éstas con los de ella. Naturalmente, la clase media y el proletariado, especialmente éste, no han sido dóciles en las manos de

la burguesía. Como veremos en otra parte de este ensayo, las primeras fases de la lucha de clases en Brasil tienen muchos otros significados.

Entre tanto, el nacionalismo se constituye como ideología y movimiento político generado con la formación de la burguesía industrial brasileña, en un periodo en que las fuerzas productivas precisaban expandirse y diversificarse. Por eso el nacionalismo puede polarizar gran parte de las energías de las clases asalariadas, pues también estaban interesadas, al menos a corto plazo, por ciertas alteraciones de las condiciones de producción y en las relaciones productivas. La *ideología del desarrollo*, generada en el seno del nacionalismo, fue una expresión de ese proceso. Tal situación motivó que el proletariado y la clase media fueran envueltos en las campañas en torno a las reformas, de las cuales algunas ya se han ejecutado, a pesar de que otras se arrastran en debates aparentemente bizantinos, pero que esconden intereses arcaicos o imperialistas.

En pocas palabras, al realizarse el traspaso a un sistema económico social predominantemente industrial, la sociedad brasileña ha sufrido y continúa sufriendo las reformas institucionales imprescindibles a la adaptación de las relaciones de producción, a las condiciones y tendencias presentadas por las fuerzas productivas en proceso de continua diversificación y expansión. Por esas razones, las reformas poseen un significado estructural especial. Refiriéndose fundamentalmente a la organización de las relaciones de producción, a la estructura de poder en una sociedad de clases en formación, ellas se distribuyen en dos grandes grupos respecto a elementos fundamentales de las fuerzas productivas. De un lado, las reformas se relacionan al destino del *capital*, tomando en cuenta su preservación y capitalización en el propio país. Es ése el sentido subyacente en las discusiones y medidas prácticas relacionadas en parte a las reformas preconizadas o realizadas. La preservación de los recursos minerales y naturales, la protección aduanal, la legislación relativa al envío de ganancias al exterior, la reforma agraria, la bancaria, la administrativa, la tributaria, etc., todas ellas se relacionan directa o indirectamente al destino del capital; entonces respecto a una preocupación inmediata de cómo ampliar la acumulación de capital, condición esencial para la aceleración del desarrollo. Por otro lado, los proyectos y las realizaciones formuladas por el Estado, reestructurado en nuevos patrones a partir de 1930, se orientan en el sentido de canalizar y controlar las manifestaciones de la *fuerza de trabajo*. A través de la legislación laboral, de la política inmigratoria, de la reestructuración del sistema de enseñanza, de la política indigenista, el poder burgués dominante ha procurado estimular la creación de la categoría de *trabajador libre*, totalmente separado de los medios de pro-

ducción, así como la preparación de personal técnico en los diversos niveles para la expansión del sistema. Aunque la legislación laboral, sea, como de hecho es, una conquista de luchas de la clase obrera, es innegable que esa misma legislación guarda una relación de adecuación muy grande con la consolidación económico-social y política del capitalismo. Enfocaremos esto más adelante.

Como vemos, la adecuación del sistema institucional a las condiciones de formación y desarrollo del capitalismo industrial en Brasil, abarca la penetración del modo capitalista de organización social, sucesivamente, en todos los sectores de la producción y en todas las esferas de la vida. Es que la racionalidad que organiza esta civilización se instaura y se expresa en términos diversos de la racionalidad que fundamentaba la sociedad agrariocolonial. Ahora la racionalización penetra más a fondo en las instituciones, actividades y acciones, actuando en grados diversos todos los hombres, como clases sociales y como individuos. Pero como ese proceso no es ni armónico ni uniforme, son variables los alcances de las concepciones de la sociedad y de la historia que las clases formulan. Y esto es decisivo para las transformaciones en curso, tanto para la comprensión de ellas como para el desarrollo de la sociedad.

### 3. *El papel de la lucha de clases*

Al involucrarse en las luchas pioneras por reivindicaciones básicas para su sobrevivencia, el proletariado en formación en los centros artesanales y fabriles instalados (en desarrollo desde mediados del siglo XIX), se constituyen como clase y pasan a desempeñar un rol de significación histórica. Por eso es que ejerció un papel relevante en el proceso revolucionario acaecido después de la primera Guerra Mundial. Con las experiencias acumuladas en huelgas y luchas reivindicatorias, asociadas a la experiencia europea de un puñado de trabajadores inmigrados, el proletariado brasileño, concentrado principalmente en Río de Janeiro, en São Paulo, en Porto Alegre, puede ejercer una acción decisiva en el movimiento revolucionario que llevaría a la burguesía al poder. Así, la organización de la clase obrera en Brasil se desarrolló ampliamente antes de 1930, como consecuencia de las relaciones de producción de tipo capitalista de la "revolución industrial" en curso.

Sin embargo, hay otros fenómenos que se relacionan con la formación de la clase obrera. Todos ellos se relacionan con las transformaciones que estaban ocurriendo en el seno de la sociedad agraria. En primer lugar, se

cuenta la actuación simultánea de los siguientes hechos al principiar la gran inmigración europea iniciada debido a la expansión de la producción cafetalera, a los inicios de la producción fabril y a la extinción del tráfico de esclavos a mediados del siglo XIX por presión de la Gran Bretaña), la liberación de capitales involucrados en el tráfico de africanos, los cuales se orientaron en actividades no agrícolas, y el comienzo del proteccionismo aduanal. Estos fenómenos, asociados e implicados al mismo tiempo en la expansión de las fuerzas productivas, generan las primeras condiciones de la industrialización.

En segundo lugar, y en el transcurso de los procesos apuntados anteriormente, se realiza la abolición de la esclavitud (1888), con lo que se destruye el obstáculo mayor de la separación radical entre los productores y los medios de producción. Como el esclavo presenta, bajo muchos aspectos, el carácter de medio de producción, con todas las implicaciones de esta condición, a partir de cierto punto se constituía como una barrera a la expansión de la racionalidad inherente a la plena formación del modo capitalista de producción. De esta manera se amplían las condiciones para la industrialización.

En tercer lugar, como en las crisis sucesivas de la producción cafetalera, comienzan a dirigirse hacia los grupos urbanos o retornan hacia las economías de subsistencia grandes masas de trabajadores que las actividades manufactureras podrían disponer oportunamente. Se acentúa, pues, la disponibilidad o el exceso de oferta de fuerza de trabajo, ejerciéndose una presión estructural definitiva. Como la industrialización se vuelve una opción posible como consecuencia de la expansión del capitalismo industrial en el mundo, y como la fuerza de trabajo, el capital y la tecnología se habían vuelto relativamente disponibles, con el proteccionismo directo e indirecto creado a través de la legislación especial de la guerra mundial de 1914-1918 u otras crisis del capitalismo internacional, emergió la capacidad empresarial y aparecieron los emprendedores. En un contexto sociocultural en que se formara hasta la conciencia de las posibilidades y la necesidad del desarrollo de las fuerzas productivas, el acaecer de la actividad empresarial fue un acontecimiento necesario e inevitable.

Pero la transformación no fue fácil e inmediata. No se trataba apenas de innovar la ordenación de los factores del proceso productivo. Para que éste se iniciase y se desarrollara sería imprescindible vencer las resistencias de la burguesía agrariocomercial que detentaban tanto el aparato estatal como los otros instrumentos para la formulación y consecución de una nueva política económica. La legislación electoral, el *coronelismo*, la ausen-

cia de instituciones democráticas para la formación de las *élites* deseadas, la precariedad de la legislación protectora de las minas y recursos naturales, la ineficacia de la protección aduanal, el desorden en las relaciones entre las clases, la rigidez en el estilo de dominación preservado por los gobernantes que se sucedían en el mando del país, son algunos de los aspectos de una realidad social, jurídica, política y cultural que se revelan incompatibles con las exigencias del sistema capitalista de producción industrial en gestación. Por eso, el ascenso de la burguesía industrial al poder es un proceso que involucra, como una necesidad interna, la lucha de clases, que alimenta y anima el movimiento político. Por eso, antes de 1930, la burguesía industrial incipiente comienza a transformar al proletariado en formación en su aliado o en su instrumento.

El aparato estatal se encontraba en poder de los representantes de la "aristocracia agraria", que no podía transformarlo sin el riesgo de reprimarse a sí mismos. Como el sentido que debería ser dado a las modificaciones necesarias implicaba un rechazo de las vinculaciones con el imperialismo, aquella burguesía no podía reformar los instrumentos de mando y de formulación de la política económica sin negarse a sí misma, apéndice generado por el capitalismo mundial. Por eso se instala el proceso revolucionario.

Como el orden económicosocial y jurídicopolítico era demasiado rígido (una condición de la economía dependiente, cuyas alabanzas de dirección se encontraban presas en el exterior), la ebullición de las fuerzas productivas y políticas hacen estallar el edificio. Se forman movimientos políticos de la clase media, reivindicando la democratización de las instituciones: legislación electoral, sistema de enseñanza, política salarial, etc. En el seno del proletariado se organizan huelgas y se realizan movimientos, preconizando: reducción de la jornada de trabajo a ocho horas diarias, garantías especiales para el trabajo del menor y de la mujer, mejoría de las condiciones técnicas e higiénicas del trabajo, derecho a la asociación, sindicalización y huelga, etc. Como la civilización agrariocolonial no era capaz de encarar y resolver esos problemas, al considerar las reivindicaciones obreras como "una cuestión de policía", las tensiones y los conflictos se acrecentaron. Se crearon así las condiciones prerrevolucionarias que interesaban a la burguesía industrial. Por eso la Alianza Liberal (el movimiento que realizó la revolución de 1930) congregó a industriales, a elementos de la burguesía financiera, a grupos de profesionistas liberales, a miembros de la clase media, de la pequeña burguesía, del proletariado y grupos militares. Es que, en grados diversos, y con proyectos distintos, todos estaban empeñados en el proceso de democratización del país, lo que

involucra la destrucción de la estructura producida por la civilización agraria orientada hacia el exterior.

Así, en los principios de su formación, la clase obrera no lucha por la defensa de sus intereses principalmente económicos, sino que es llevada a combatir contra los enemigos de la burguesía ascendente, contra la "aristocracia agraria" y sus vinculaciones coloniales remanentes de la sociedad que agotó sus posibilidades. Frente a aquella clase, que sería su enemiga natural (la burguesía), está el proletariado que aún no combate de frente, asociándose transitoriamente contra ella. Es que la estructura arcaica precisa ser destruida y la burguesía industrial es impotente para realizar las tareas de subversión del orden. Además de eso, el proletariado es llevado a comprender que la destrucción de la burguesía solamente podrá efectuarse después de la constitución del sistema capitalista de producción, con lo que la socialización de la producción será prerequisite del socialismo. A través de algunos de sus dirigentes más importantes, el proletariado es conducido a una estrategia política que incluye continuos acuerdos tácticos con la burguesía industrial identificada con la economía nacional. Por eso, esta burguesía procura atender parte de las reivindicaciones del proletariado, y al mismo tiempo exige su colaboración o cobertura en los movimientos destinados a: defender los recursos nacionales de la explotación imperialista, combatir el régimen vigente de enviar las ganancias al exterior, confirmar ciertas formas de asociaciones de capitales entre empresarios nacionales y extranjeros, luchar por la reforma agraria, ejercer presión sobre los grupos antidemocráticos, etc. Siempre que las condiciones lo permitieron, a partir de 1945, la burguesía nacional se aprovechó de la clase obrera para preservarse en el poder y mantener una política económica de tipo progresista. Esa situación, naturalmente, implica aceleración de la educación política del proletariado. En gran medida, se trata de una educación política que conduce a la consolidación de la democracia burguesa, en el seno de la cual se está procurando realizar la "paz social" o el "Welfare State".

Debido a las condiciones extremadamente aceleradas de la incorporación de grandes contingentes de trabajadores de origen rural a la industria (inclusive mujeres y menores de dieciocho años), la sociedad industrial no se ha enfrentado a problemas graves en el ámbito de la lucha de clases. Las técnicas modernas de "procesamiento" ideológico puestas en práctica por los grupos dominantes y la proletarianización reciente de elevadas masas de trabajadores, da a éstos, repentinamente, un nivel de vida más elevado que el gozado en el campo, facilitando las tareas de la burguesía industrial, atenuando o eliminando los focos de tensión más graves.

En este proceso conviene resaltar la situación del partido comunista, puesto fuera de la ley cuando parte de los gobernantes sintió que la agresividad y la capacidad de lucha y organización de los comunistas eran eficaces en la precipitación o control de ciertos procesos políticos. Las presiones imperialistas y los sectores más conservadores de la sociedad impusieron la anulación de mandato a los miembros del P.C.B. (Partido Comunista Brasileño), así como del registro de este partido. Ni por eso la burguesía industrial más avanzada dejó de preservar sus relaciones con la mayor parte de los grupos de izquierda, inclusive con el P.C.B., procurando hacer, siempre que fue posible, que ellos ejercieran un papel favorable a sus designios en el juego político y del cual ella tiene la mayor parte de la dirección. Ha sido común entre los gobernantes que se eligen aceptando el voto de los comunistas o de sus simpatizantes, colocar a los líderes en la cárcel o crear dificultades a sus actividades no electorales. Así atienden las exigencias del ejercicio de un poder inestable que se fundamenta en el juego con las clases sociales y los grupos políticos en que éstas se dividen.

Tal situación no ocurre solamente entre los sectores de izquierda. Además de los factores y condiciones apuntados, la situación es resultado de la "inmadurez" de la clase obrera, cuya notable experiencia, acumulada y desarrollada desde fines del siglo XIX (en asociación fecunda con las experiencias traídas por los proletarios europeos), ha sido disuelta, apagada o debilitada por las rápidas y amplias transformaciones ocurridas en la estructura demográfica y ocupacional de la clase. Los sucesivos contingentes de trabajadores que se incorporaron al sector industrial, con la expansión y diversificación muchas veces acelerada de éste, provocan el apareamiento o fortalecimiento de ideales no coherentes a la condición proletaria. El mito del "self made man", el ideal de ascenso social (para sí o para sus descendientes), al lado de la acción vigorosa de la política de la "paz social" y de otras técnicas del "Welfare State", además de los beneficios inmediatos provenientes de la diversificación rápida del sistema productivo, empiezan a crear una "aristocracia obrera", originando condiciones adversas a la producción y desarrollo de actividades políticas de tipo más audaz. En esas condiciones, la producción de la conciencia proletaria, a través de la actuación de los sindicatos, asociaciones y partidos, encuentra demasiados obstáculos.

Por tanto, es necesario no perder de vista que la situación de la clase obrera no se define solamente en función de sus ingresos y de su situación de trabajo industrial. Aunque estos factores sean importantes y decisivos, la visión que el proletariado posee o construye de sí y de sus condiciones de vida están marcadas también por la situación relativa en que se en-

cuentra frente a los otras clases de la sociedad global. Como hay otras clases o grupos que se localizan en una escala más baja del sistema social (destacándose los trabajadores agrícolas desempleados, semiempleados o empleados), la situación del proletariado no es vista por él propio como mala. Al proyectar su situación en el todo, el proletariado se percibe en una situación privilegiada, relativamente, a como se encontraba anteriormente cuando vivía en el campo, o entonces, en relación a los que aún se encuentran en regiones agrícolas, pastoriles o mineras.

Como las reformas institucionales básicas no se realizan en el sector agrario, por el hecho de que los propietarios de tierras posean aún un elevado poder político (apoyado en las técnicas tradicionales de control de los votos y de los votantes), la situación de la vida en él es, en general, la peor. Es en el campo donde hay más hambre, desnutrición, pauperismo crónico, además del estilo rígido de mando y control del comportamiento de las personas y grupos. Como la civilización capitalista va penetrando lentamente en la sociedad agraria, se localizan y preservan las peores condiciones de vida enfrentadas por los trabajadores nacionales.

Aunque sean demasiado estrechos los horizontes políticos y culturales de los campesinos (mestizos que se distribuyen en una gama de condiciones de producción que va desde el asalariado, el "garegado" o esclavitud disfrazada, como ocurre con los indígenas o los mestizos en las orillas del sistema), algunos segmentos del universo capitalista empiezan a alcanzarlos, proponiéndoles formas de pensar y actuar que posibilitan la politización. Como la condición real de esos trabajadores es una condición de mínimos vitales, la actuación de los líderes encuentra condiciones favorables al agrupamiento y la acción política. De ahí la creación y difusión de las *ligas campesinas*, que aumentan las tensiones que sufre e impregna a la sociedad de clases en formación. Con la incorporación de vastos contingentes de trabajadores agrícolas al proceso histórico del desarrollo de una sociedad de clases, las posibilidades y las tendencias de equilibrio de la democracia burguesa se alteran. Como la *situación proletaria* en el campo tiende a configurarse más nítida, con mayores niveles de alineación del trabajador, los campesinos están intentando asumir iniciativas importantes en el proceso político, proporcionando a la clase obrera posibilidades de aumento de sus perspectivas. La rigidez de la estructura de dominación en el campo, parece transformarse en condición dinámica en el proceso de radicalización de las luchas políticas. Como el proletariado se encuentra transitoriamente confundido por la burguesía (y debido al tipo de liderazgo que le ha sido impuesto), la situación de vida en el mundo agrario parece fundamentar una agresividad más penetrante por parte del prole-

tariado agrícola en formación. Ésa es una de las razones por las cuales una parte de la burguesía desea una reforma agraria urgente en los cuadros del régimen de propiedad privada. El estado de las relaciones de producción es tan anacrónico frente a las posibilidades de las fuerzas productivas que se desarrollan, que la capa más lúcida de la burguesía sabe que se trata de condiciones prerrevolucionarias. Por eso, hay una "carrera" política en el seno de los campesinos, en que fuerzas conservadoras y liberales disputan el mando y la acción a las fuerzas de la izquierda. No obstante, la burguesía se aprovecha de todos los medios para dividir a la izquierda u oscurecer los intereses económicos y políticos del proletariado.

#### 4. *Estructura partidaria*

El régimen democrático burgués en formación no alcanzó satisfactoriamente las esferas fundamentales de la vida nacional. Amplios segmentos de la realidad económicosocial, política, jurídica, educacional, etc., o no fueron alcanzados por el sistema democrático de vida o lo fueron de modo incompleto, a veces distorsionado. Los propios fundamentos de la democracia —los poderes legislativo, judicial y ejecutivo— no se encuentran aún suficientemente estructurados y en funcionamiento congruente con los procesos del sistema. Tal es la situación de los Partidos políticos. Probablemente son la expresión más cristalina de la presente época de la historia de Brasil, pues expresan todas las contradicciones, distorsiones y tendencias inherentes a una etapa de transformación estructural. Como la nación se encuentra en transición de la civilización agrario-comercial a la urbanoindustrial, los partidos políticos parecen retratar fielmente ese estado de cosas. Es en ellos donde se puede observar con mayor claridad el poderío aún restante de las viejas estructuras y el vigor de las nuevas tendencias, o en los órganos que ejerzan papeles similares.

El análisis de la estructura y del funcionamiento de los partidos políticos nacionales se reduce a dos problemas fundamentales, en torno de los cuales se desarrollan otros. En primer lugar, los partidos políticos brasileños aún no son efectivamente nacionales a pesar de que lo sean de derecho. En segundo lugar, no se encuentran organizados de modo que correspondan a la estructura de las clases en formación. Es el análisis de estos dos aspectos de la realidad partidaria lo que nos permitirá construir una comprensión de los principales problemas políticos en una época de desarrollo. Examinemos estos dos aspectos de la realidad política nacional. Como se verá, algunos otros temas fundamentales surgirán en el examen de las cuestiones propuestas anteriormente.

A partir de 1946, la Constitución estableció que todos los partidos fueran netamente nacionales. Para evitar la proliferación de partidos estatales, a la que se atribuyó una de las causas de la ruina de la República Vieja (anterior a 1930), la nueva Carta Constitucional exigió que los partidos fueran registrados como nacionales, independientemente de la condensación regional o local de sus adeptos o electores. Era una precaución destinada a nacionalizar los partidos para que los gobernadores o grupos regionales no continuaran interfiriendo excesivamente en las orientaciones del gobierno central. También se impulsaba la democratización de los procesos políticoelectorales del país. Como el partido nacional es un requisito esencial al desarrollo de la democracia, y como los Constituyentes de 1946 aún se encontraban fuertemente impresionados con la experiencia dictatorial del *Estado Nuevo* (1937-1945), venció fácilmente esta orientación. Pero la experiencia no se reveló satisfactoria. Todavía, casi veinte años más tarde, y después de numerosas campañas electorales —federales, estatales y municipales, realizadas en épocas diversas—, los partidos no asumieron totalmente un carácter nacional. Prevalecen en el seno de las agrupaciones las facciones vinculadas a intereses estatales o regionales, formando conglomerados de grupos más que partidos coesos. Como la nación aún se encuentra dispersa en regiones alcanzadas diversamente por el proceso civilizatorio y con recursos económicos y humanos desiguales, ocasiona disparidades de desarrollo económico-social y madurez política, ritmos diferentes de expansión de las fuerzas productivas, etc., por lo que los partidos se ajustan con dificultad al modelo nacional. Todos ellos están marcados por esa realidad, afectándoles la unidad ideológica y programática y reduciéndoles la eficacia. Además, como la estructura partidaria inaugurada en 1946 no sucedió a un periodo de actividades políticas libres, debido a la dictadura en vigor entre 1937 y 1945, los dirigentes y los ciudadanos no poseían la experiencia mínima imprescindible para instaurar el nuevo curso en la vida política. Durante el Estado Nuevo fueron prohibidas totalmente las asociaciones y actividades políticas, lo que imposibilitó la continuidad del proceso democrático burgués que se había acelerado en el periodo que media entre 1930-1937. Como las burguesías industrial y agrario-comercial que detentan el poder no se sienten suficientemente fuertes para asegurarlo y realizar sus proyectos, los gobernantes son llevados a ejercer el poder dictatorial, una especie de *bonapartismo* que asfixió totalmente la vida política, cultural y artística del país. En ese periodo, las ciencias sociales no pudieron ser ejercidas, a no ser que fueran en términos estrictamente académicos o en las formas empobrecidas de los escritos; exceptuando a la economía política, que se ganó un lugar junto

a los gobernantes en las tareas cada vez más serias que se les presentaban.

Esas son las condiciones generales que explican la paradoja de, en un mismo partido, encontrarse latifundistas del nordeste e industriales de São Paulo, o exportadores de Río de Janeiro y obreros de Porto Alegre. Como las secciones estatales de los partidos toman aspectos de sus dirigentes locales, un mismo partido llega al extremo de defender posiciones de centro, derecha e izquierda, con muchas variantes, al mismo tiempo, en regiones diversas del país. Por ejemplo, el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB), que se presenta como partido de clase obrera (industrial), está ligado en el nordeste a grupos presos a formas arcaicas de utilización de la fuerza de trabajo. La Unión Democrática Nacional (UDN) que en São Paulo es extrema derecha, en Minas Gerais se encuentra en el centro, siendo los liberales más avanzados. Lo mismo ocurre con los otros partidos burgueses.

Ese fenómeno se agrava y se esclarece aún más con la "sobrevivencia" del *caudillismo* o formas similares de liderazgo y organización de las actividades políticas. Fundado en patrones y procesos de un sistema de dominación patrimonial, que se formó en el seno de la civilización agraria, el caudillismo o su forma local, el *coronelismo*, ha sido un elemento esencial en el desarrollo del proceso político nacional. Con él, la democracia burguesa ha entrado en choque en uno de sus planos, aunque esa democracia haya procurado beneficiarse de las técnicas de organización y mando con base en el coronel y sus variantes vivas.

Naturalmente, no se trata de una forma tradicional de caudillismo. Es una versión modificada que aparece en el ámbito del *populismo*, fenómeno urbano conectado al apareamiento de las clases media y proletaria inmaduras. Como estas clases aún no se encuentran estructuradas a punto de proponerse proyectos propios, independientes, los grupos burgueses formularon el populismo, que es una versión transitoria de política para los asalariados en general. Partidos y políticos populistas, son los burgueses que hablan un lenguaje inteligible para el pueblo; son aquellos que se hacen entender por los hombres sin cultura y sin instrucción. Pero hablan abstracciones. No hablan o realizan los intereses del pueblo, de los asalariados. No abordan los reales problemas de las clases obrera y media. Discurren vagamente sobre el "desamparo" del trabajador, la "insuficiencia" del sistema escolar, el nivel de vida "insatisfactorio", sobre el "abandono" en que se encuentra el hombre del campo, las "injusticias sociales"; hablan de "llevar *confort*" a los que "nada poseen", etc. Pero nunca la fraseología abstracta aborda temas concretos que están en la base de las

condiciones de vida de los asalariados. Y, después de electos, los populistas abandonan o reducen sus contactos con el pueblo, ocupándose de sus negocios.

Se trata de una ideología que representa el ascenso social como posibilidad universal. Como es una visión de la sociedad formulada en el ámbito de la ideología de la burguesía industrial en formación en un país que se encuentra en desarrollo, el populismo supone y afirma como general lo que es la posibilidad de personas aisladas en la fase pionera de la formación del capitalismo industrial. Además de eso, toma como perennes las posibilidades de alteraciones de las condiciones de vida ocasionadas por la formación y diversificación de las relaciones de producción de tipo capitalista. Como el sistema social se diversifica acentuadamente en la fase de constitución del capitalismo industrial, las clases asalariadas son envueltas por la mística del ascenso social general y permanente, lo que se vuelve la sustancia dinámica del populismo. El progreso de la burguesía es dado como el progreso de todas las clases, lo que torna a éstas dóciles o permeables a influencias de ideales burgueses.

Y así nos vemos colocados frente al segundo problema relativo a la adecuación entre la estructura partidaria y la estructura de clases en formación. Precisando mejor, diríamos que existe una correspondencia incompleta entre los partidos (tipos de liderazgo, relaciones con el poder económico, prácticas electorales, vinculaciones heterogéneas con las clases, etc.) y las fuerzas sociales de la nación.

El elevado número de partidos políticos nacionales no es indicio de distorsión de las instituciones políticas. Se trata de una expresión de la estructura social en que las clases se encuentran mal constituidas debido a la madurez variable del modo capitalista de producción en las diversas regiones del país. Por eso son tan numerosos los partidos en funcionamiento legal: Partido Laborista Brasileño (PTB); Partido Laborista Nacional (PTN), Partido Social Laborista (PST), Partido Rural Laborista (PRT), Partido Socialista Brasileño (PSB), Partido Demócrata Cristiano (PDC), Partido Social Progresista (PSP), Partido de Representación Popular (PRP), Partido Social Democrático (PSD), Unión Democrática Nacional (UDN), Partido Republicano (PR) y Partido Liberal (PL). Son numerosos porque las clases sociales en Brasil se encuentran segmentadas en facciones más o menos cerradas, debido a las polarizaciones de interés restringido como consecuencia de la formación desigual de sus condiciones económicosociales de desarrollo. La interpenetración de segmentos económicosociales en grados diversos de desarrollo, por sus vinculaciones con la nación y el imperialismo, posibilitan la constitución de numerosos partidos ligados a

hombres que representan intereses de facciones o de agrupamientos variables. Además, esos partidos no funcionan rigurosamente como tales. Aunque poseen estatutos y programas, muchas veces son instrumentos electorales a través de los cuales en las épocas de las elecciones los grupos o los candidatos "representan" o "expresan" sus intereses o mueven sus recursos. Son instituciones vacías de sentido político duradero, asumiendo programas o líderes al acaso del juego de las fuerzas políticas manifiestas en ocasiones electorales.

En este punto empieza a ponerse en evidencia el carácter artificioso o distorsionado del sistema partidario brasileño, que a pesar de no expresar las reales relaciones de clases en juego en el seno de la sociedad, funciona en términos de conexiones de intereses grupales o según compromisos económicos que apartan ciertas esferas de la sociedad de los juegos de la *real politik*. Es preciso que haya conjugaciones de intereses o realizar transacciones para que los dirigentes (los propietarios) de un partido registren un candidato no afiliado. En consecuencia, lo que ocurre es que se registran solamente cuando los candidatos y los grupos que ellos representan están dispuestos a hacer las operaciones en que se encuentran involucrados los "dirigentes". A través de ese mecanismo, los grupos burgueses que dominan la mayoría de los partidos han llevado a los grupos de izquierda, que no poseen partidos, a participar en programas o en movimientos conservadores o reformistas. Las transacciones de los burgueses son mayores, porque poseen, además de recursos económicos, los partidos. Algunos grupos de izquierda han sido llevados a comprometerse con las leyendas y con los programas de partidos burgueses. En mi opinión, este es un aspecto de la historia de las luchas nacionalistas en este país. En ese sentido, la estructura partidaria, aunque en parte se ajuste de modo flexible a las condiciones sociales de la nación, representa una distorsión notable, no pudiendo expresar las fuerzas políticas reales del país. O sea, las fuerzas políticas reales de la nación solamente consiguen manifestarse por intermedio de ese enmarañado de partidos y procesos que, al nivel del análisis superficial, revelan distorsiones que en la práctica no se manifiestan. Pero esto no es todo.

Dado ese carácter de la estructura partidaria, surgieron otras poderosas manifestaciones políticas en el seno de la sociedad nacional. A medida que se desarrolla la sociedad, y como no se realiza una reestructuración o reaglutinación de los partidos, en términos de las tendencias reales de la sociedad de clases en desarrollo (o entonces porque es imposible esta reelaboración institucional), surgen otras manifestaciones políticas importantes para el esclarecimiento del proceso político brasileño. Por otro lado,

se organizan y funcionan grupos y partidos ilegales, la mayoría de izquierda. Son formaciones que representan intereses que la democracia burguesa no permite que se representen legalmente. Así, se pueden mencionar: el Partido Comunista de Brasil (PCB), Partido Comunista Brasileño (PCB), Política Obrera (POLOP, Movimiento Revolucionario Tiradentes (MRT), Unión de la Juventud Comunista (UJC), Acción Popular (AP), Grupo de Acción Popular (GAP) y Movimiento de Asociación Cívica (MAC). Como los grupos conservadores y liberales pueden expresarse legalmente por medio de los partidos, la mayor parte de los grupos mencionados es de izquierda. Como los intereses imperialistas son poderosos en el país, en vinculación con el segmento agrario, ellos se vieron obligados a crear o estimular algunos órganos (MAC, por ejemplo) para contrabalancear, en un plan más agresivo, las luchas y las conquistas democráticas. Todos estos órganos expresan en términos de sus significaciones históricoculturales, la inadecuación o inconsistencia del sistema político partidario vigente en el país. Como la vida política institucionalizada representa apenas una parte de las fuerzas políticas reales, se organizan partidos ilegales necesariamente a la izquierda.

Hay otras manifestaciones políticas que escapan al sistema partidario legal y al ilegal. Permeando todo el proceso político nacional, se formaron y se encuentran en funcionamiento diversos órganos que asumen continuamente funciones políticas. Especialmente en las coyunturas de crisis, cuando el sistema partidario revela todas sus limitaciones, surgen o se manifiestan formaciones de elevada importancia en el desarrollo y reorientación del proceso político. En ese orden de fenómenos tenemos: Frente Nacional Parlamentarista (FNP), Acción Parlamentaria Democrática (APD), Unión Nacional de Estudiantes (UNE), Dirección General de Trabajadores (CGT), Frente Unico (CGT, UNE, FNP), Acción Católica (AC). Conforme la coyuntura política, especialmente en las críticas, esos órganos asumen la vanguardia de los movimientos políticos, revelando iniciativa y flexibilidad que los partidos políticos no poseen. Representando corrientes de las facciones liberales de la burguesía o del pueblo, algunos de esos organismos han actuado con audacia y oportunidad en muchas ocasiones. Todos los grandes acontecimientos políticos de la última década, particularmente de los últimos años, se desarrollan con activa y muchas veces decisiva participación de las uniones de estudiantes universitarios, de los sindicatos del proletariado y de grupos parlamentarios extrapartidos.

Aún así, no se agota la vida política nacional. En una democracia burguesa inmadura, esos grupos e instituciones no están en condiciones de conducir plenamente la política nacional. Como el poder burgués no ha

encontrado aún, de modo seguro, las bases de su sustentación, todas esas formaciones no agotan las actividades políticas. Como la burguesía industrial dominante no es suficientemente fuerte para imponer sus designios o asociarse ampliamente con la civilización agrariocolonial, el poder oscila continuamente en varias direcciones, exigiendo gobernantes hábiles, flexibles, maliciosos, conciliadores. La capacidad de algunos presidentes (en particular Getulio Vargas, 1930-1945 y 1950-54, y João Goulart desde 1961) ha sido el talento de los medios tonos, de la duplicidad, de la maniobra continuada con partidos, facciones, intereses de clase, etc. Es un *principio* singular el que ha sido puesto en práctica en Brasil.

Las maniobras del presidente implican siempre el montaje del llamado *dispositivo militar*. Ningún gobernante, que quiera tener un programa original, puede ejercer sus actividades sin un "aparato militar" adecuadamente estructurado. Janio Quadros cayó porque no supo mantenerlo. Como era un político provinciano, inexperto, con una autoconcepción caudillesca acentuada, a pesar de su talento no supo calcular, o no supo montar, una base de sustentación militar satisfactoria. Y Getulio Vargas, en 1954, cuando la reacción de derecha alcanzó su mayor virulencia, vio que su dispositivo militar estaba minado. Cayó porque perdió las bases militares del poder. El suicidio fue el segundo acto. Es que también la oposición procura maniobrar o infiltrarse en las tropas. Todo el movimiento político que sabe que es *real politik* incluye fuerzas militares en sus esquemas. Por eso, el poder político en Brasil no se manifiesta plenamente ni se desarrolla si no cuenta con un poder virtual de "fuego". Son las reglas del juego, que toda la sociedad acepta de hecho, aunque el ideal democrático corriente defina a las fuerzas militares como aparte y arriba de la trama política. En todo caso, como los grupos que disputan el poder no son suficientemente fuertes (debido a la fase de transformación en que se encuentra la economía nacional y a la heterogeneidad partidaria en que se manifiesta), la fuerza militar, especialmente el ejército, fue constituido como un *poder moderador* de tipo singular. Por esas razones, las fuerzas armadas se volvieron blanco de las atenciones, insinuaciones y maniobras de todos los partidos ambiciosos. Por eso, todos alaban el "espíritu democrático" del ejército nacional.

No hay duda de que ese ejército es democrático por su composición y por los valores que orientan su organización y sus relaciones con la sociedad. A pesar de su estructura singular, constituida aparte y autónomamente frente a la sociedad, se manifiesta democrático, sensible a patrones de autoridad menos inflexibles, abriendo canales a miembros de las diversas clases sociales.

Pero no es de este democratismo que hablan los políticos. El espíritu democrático del ejército, conforme interesa a los políticos profesionales, es función de su sensibilidad a las insinuaciones o maniobras de los políticos civiles. Así, el democratismo del ejército no es lo que se encuentra en su composición interna, sino aquel que se expresa en su sensibilidad a las presiones de los grupos civiles. Y, como la sociedad nacional se encuentra en profundas alteraciones, presentando un alto grado de heterogeneidad en cuanto a su estructuración en clases sociales, el ejército ha asumido papeles decisivos en la preservación del orden y en las decisiones del poder central. Pero, como las fuerzas políticas democráticas y populares han predominado en los acontecimientos políticos, influyen en el ejército las decisiones y acciones favorables a estas tendencias. Así, la independencia del ejército frente a la correlación de fuerzas políticas que sostienen el poder, guarda una relación constante con las tendencias dominantes en el proceso político nacional. En esto consiste la singularidad política del ejército nacional, en el cual no predominan las fuerzas que no existen en el área civil. Es que el ejército, como grupo, se encuentra insertado íntegramente en la sociedad.

En líneas generales, en la estructura del sistema político nacional, el poder político depende no sólo del poder económico, sino también del poder representado por la Iglesia Católica y las fuerzas armadas, particularmente el ejército. Aunque la Iglesia desempeñe un papel decisivo, especialmente durante las elecciones, todo gobernante está dispuesto a jugar continuamente con esta fuente de poder. Es que el poder económico en un sistema mercantilizado penetra por todas las vías. Así, la cruz y la espada son coordenadas de la trama política.

A partir de esos elementos se pueden comprender las manifestaciones concretas de las tendencias dominantes en la vida política nacional. A pesar de todas estas cristalizaciones institucionales u organizaciones más o menos eventuales o espontáneas, las fuerzas vivas de la política nacional se dividen, fundamentalmente, en tres corrientes. Una de ellas, conservadora, identificada con el segmento agrariocolonial más tradicional, es reaccionaria. Otra, liberal, vinculada al desarrollo industrial y a la expansión del capitalismo en el campo, es reformista. La tercera, de izquierda, se apoya en el proletariado urbano y, en cierta medida, también en el rural; desea la transición hacia el socialismo. Es claro que esas posiciones se expresan en la práctica con muchas variaciones, desde las virtualidades fascistas hasta la revolucionaria. Esas son las tendencias dominantes en el proceso político nacional, en las que se aglutinan partidos y movimientos políticos.

## 5. *Estado y desarrollo*

La ruptura con el mundo agrario y colonial fue realizada por medio de un proceso revolucionario que produjo la reintegración de las clases sociales en términos de relaciones de poder, la creación de partidos nacionales, la creación del Ministerio del Trabajo, la sistematización de la legislación laborista, la inauguración de sistemas universitarios, la democratización de esferas amplias de la sociedad, la reforma del aparato estatal y muchas otras alteraciones. La reestructuración del Estado fue un efecto inmediato e imprescindible al triunfo y desarrollo de la revolución burguesa. Por cristalizar y expresar las nuevas configuraciones de las relaciones de poder, el aparato estatal, en su nueva estructura, expresa las necesidades de un nuevo periodo en el desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de clase en Brasil. Por eso, visto en su desarrollo, las actuaciones estatales revelan una transformación radical.

Antes de 1930, el Estado se encontraba estructurado en términos de modelo liberal. Sugerido por los contactos íntimos y predominantes que las *élites* racionales mantenían con los países que ejercían el dominio de la economía, ese modelo fue adoptado en 1889 como una manifestación (al mundo) de madurez política. Pero como las relaciones económicas con otras naciones (predominantemente la Gran Bretaña durante la mayor parte del siglo XIX, y, a partir de las primeras décadas de este siglo, los Estados Unidos de América) eran relaciones de dependencia, la estructura liberal que se dio junto al aparato estatal, solamente sirvió para crear nuevos fundamentos para la continuidad de aquella dominación. A través del liberalismo político y económico, que particularmente la Gran Bretaña y Francia introdujeron en las *élites* de los letrados y políticos brasileños, esas naciones, junto con los Estados Unidos, consiguieron preservar las condiciones institucionales mínimas para la continuidad de las relaciones de tipo colonial. Esto ya había ocurrido en 1822 cuando la independencia política de Brasil se verificó mediante una transacción entre Portugal y Gran Bretaña, que pasó a ejercer directamente su dominio sobre el joven país; ése fue el precio pagado por la independencia política. Durante todo el siglo XIX, la Gran Bretaña ejerció el papel de metrópoli. A fines de siglo los Estados Unidos empezaron a desalojar a los ingleses, pasando a ejercer a principios de este siglo el papel dominante. La revolución de 1930 no estuvo exenta de las disputas entre el imperialismo británico y norteamericano. En la actualidad, a partir de 1930, y, especialmente, después de 1955, la presencia norteamericana en Brasil se tornó más

acentuada. Este es uno de los dilemas del desarrollo de la economía nacional: la reducción de la capacidad de capitalización debido a la apropiación imperialista de una gran parte de los excedentes.

Por esas razones la Constitución Republicana, en sus versiones de 1891 a 1926, no contenía siquiera el capítulo sobre el orden económico. La civilización agrariocolonial en vigor desde 1930, definía el Estado como órgano de fiscalización en la esfera de las actividades económicas. Repugnaba a la conciencia liberal de los dirigentes nacionales la atribución de funciones intervencionistas en el área de la economía. Como nación esencialmente agraria, Brasil cumpliría su "destino natural" sin que el gobierno debiera interferir y afectar el desarrollo normal de esa determinación, contra la cual "no se debía luchar". Apoyados en la doctrina fisiócrata de que la riqueza se produce en la tierra, los dirigentes nacionales luchaban contra las medidas proteccionistas que los líderes más connotados formulaban. Se combatía la industrialización que dependía de un mínimo de proteccionismo como un fenómeno exógeno y extraño al "destino nacional". De ese modo, la "aristocracia agraria", profundamente vinculada a las decisiones del capitalismo internacional, definía el modelo liberal de Estado puesto en funcionamiento en Brasil.

Como el segmento agrario colonial era dominante en la economía nacional, marca y domina a toda la sociedad penetrando en la estructura de las instituciones y de las ideologías. En consecuencia, frente a las fuerzas económicas y políticas en desarrollo en el seno de la nación, la burguesía agraria que domina el aparato estatal no formulaba las instituciones y las técnicas que deberían posibilitar la manifestación, expansión y consolidación de los nuevos grupos económicos. El estilo de dominación ejercido por esa burguesía no permitía la organización y canalización constructiva de las reivindicaciones de la burguesía industrial y financiera incipiente, del proletariado en formación y de la clase media urbana. Esa rigidez fue una de las condiciones del proceso revolucionario que redujo grandemente el poder de los grupos ligados al segmento agrariocomercial. Se comprende, entre tanto, que no era solamente el resultado de la estructura interna del sistema, en la que, el segmento exportador era, hasta principios de este siglo, efectivamente dominante. Era también un hecho de la acción imperialista que preservaba en el exterior la casi totalidad de los centros de decisión sobre las actividades económicas y también políticas. En consecuencia, a las propias condiciones de existencia de un sistema de tipo colonial, este sistema no cuenta con la flexibilidad mínima necesaria para la reformulación de otros niveles de integración y funcionamiento. Como el sistema se orienta hacia afuera, ya que es producido

por el imperialismo, todos los cambios necesitan ser generados en el exterior, que es el sentido en que fueron organizados los canales y mecanismo de alteración. Cuando generadas internamente, las transformaciones necesitan manifestarse con violencia para imponerse.

La primera manifestación de la nueva estructura del poder (vigente a partir de 1930) fue la presencia de intereses de la burguesía industrial y financiera, de la clase media y del proletariado, al lado de los de la "aristocracia agraria" disminuidos. El Estado pasó a ser sensible a las reivindicaciones de las clases sociales que no poseían el dominio de la riqueza, pero que ya no podían ser consideradas propietarias libres de la fuerza de trabajo. Dada su nueva configuración burguesa, el aparato estatal empezó a atender las presiones de los asalariados, procurando orientar el funcionamiento del régimen en moldes democráticos. Era la democracia burguesa en constitución en el país. El periodo dictatorial de 1937-1945 fue una época de fortalecimiento del poder de la burguesía industrial y financiera, que por no ser suficientemente vigorosa para ejercer sola el mando, fue obligada a utilizar el poder militar y policial con agresividad contra las fuerzas de izquierda y de extrema derecha. Era necesario descartar definitivamente las tendencias extremadas que dieron vida y muchas veces sustancia al proceso revolucionario que condujo a la burguesía industrial y al nuevo capital financiero al poder. Por eso se instituyó la dictadura.

En ese proceso, el Estado es poco a poco llevado a asumir la dirección de la política económica nacional. A veces, en componendas con las presiones del imperialismo, otras resistiendo a estos intereses, el aparato estatal ha sido utilizado como órgano de aceleración o control del desarrollo económico. Poco a poco se transforma en el principal centro de decisiones, intentando manipular en términos de la economía nacional en formación la política cambial, la monetaria y la fiscal; estimulando o proponiendo reformas institucionales; realizando una selección de prioridades en la concesión de créditos para inversiones; colocando en práctica emprendimientos estatales o mixtos relativos a la infraestructura de la economía nacional; promoviendo la planeación sectorial o regional; estimulando la manifestación de la iniciativa empresarial.

Debido a las transformaciones estructurales sucedidas en el país como tendencia dominante, la industrialización implica la reorientación progresiva de la política económica frente a las fuerzas productivas nacionales y a los intereses del capitalismo internacional; el Estado asume continuamente funciones nuevas. Como los capitales privados son escasos o pequeños, en comparación con los exigidos por las modernas instalaciones industriales; como la iniciativa privada para instalarse y consolidarse, necesita apartar

intereses de importadores o de industriales localizados fuera del país; como las relaciones entre las clases se definen ahora en un cuadro de mayor amplitud histórica; como el segmento agrario exportador aún es decisivo para la expansión de la industria, debido a la producción de divisas imprescindibles a la importación de máquinas, implementos, *know-how*, etc.; frente a todo eso, que representa una nueva estructura económicosocial en formación en el país, el aparato estatal no solamente se reestructuró, sino que también se volvió pieza estructural de los programas de desarrollo.

El desarrollo de las fuerzas productivas y de la sociedad brasileña no es un proceso espontáneo, resultante de una coincidencia privilegiada de condiciones y factores favorables. Al lado de las condiciones históricoeconómicas y políticas que se constituyeron favorablemente a ese desarrollo, no se puede olvidar que es también el resultado de una decisión frente a las opciones que la historia ofrece a los pueblos. Para que se dé, es imprescindible que se produzca también una conciencia histórica nueva, en que el futuro envuelve, en cierto grado, la negación del pasado y del presente. En ese proceso, la burguesía industrial y el capital financiero estimularon la revolución de 1930, con la colaboración del proletariado y de la clase media, para acelerar la implantación de la civilización capitalista.

## 6. *¿Capitalismo o socialismo?*

En su lucha para emanciparse económicamente, Brasil anduvo una larga jornada. Pero no recorrió todo el camino. El movimiento de liberación iniciado a partir de 1930 aún se encuentra andando y necesita enfrentar algunas batallas decisivas dentro y fuera del país. Como el colonialismo y el imperialismo impregnaron toda la civilización brasileña en el transcurso de toda su historia, la lucha por la emancipación nacional no puede lograr todos sus objetivos en las pocas décadas en que ella se ha desarrollado de modo más vigoroso. Debido al hecho de estar completamente insertada en el sistema económico y político de ámbito internacional, la sociedad aún se encuentra profundamente marcada y permeada por cristalizaciones y procesos que revelan la herencia y presencia del imperialismo. Por eso, Brasil aún es una nación dependiente. Debido al modo por el cual se encuentra vinculada al imperialismo, se defiende como nación perteneciente a la órbita del dólar, al área de la Organización de los Estados Americanos (OEA). De ahí la razón por la cual el país aún se configura como subdesarrollado. Aunque el volumen de capital *per cápita* se encuentre elevado y que las relaciones económicas y políticas con los Estados Unidos

están continuamente alterándose, estamos frente a una nación subdesarrollada. La manera por la cual es canalizado el excedente económico, sea cuando es encaminado por otras naciones, sea cuando es retenido en el interior del país, revela que estamos aún frente a una sociedad dependiente que no posee la autonomía suficiente para decidir sobre su política económica, interna y externamente. Como solamente una pequeña parte del excedente económico es transformado en capital en la propia nación, el Brasil presenta con eso un carácter típico de subdesarrollo. Es que el subdesarrollo no es, apenas, un *estado en sí*, sino un modo específico de relacionarse consigo mismo y con los otros países, con el sistema global en el cual la nación se encuentra encajada. No es un *estado en sí*, sino *para el otro*, no pudiendo volverse *para sí*. Porque el subdesarrollo es un modo de ser debido a un sistema de relaciones internacionales de dependencia y sumisión. Por eso, la destrucción de ese estado de cosas es un proceso político. Como las naciones se vinculan a través de los hombres que dominan los medios de producción y realizan la apropiación de los excedentes, el pueblo de un país dependiente solamente puede apoderarse de la propia nación a través de un movimiento deliberado, definido y realizado políticamente.

Así, para combatir la expoliación burguesa, la clase obrera y la clase media necesitan saber combatir; así como también los latifundios y el imperialismo, que son las manifestaciones más avanzadas de la expoliación. Para liberarse del sistema de apropiación de tipo capitalista vigente y en formación, esas clases precisan conocer correctamente las constelaciones de intereses y fuerzas que gobiernan los nexos entre la burguesía industrial, la burguesía agrariocomercial, el capital financiero y el imperialismo. Si hubiera una formulación errónea o incompleta de la correlación de fuerzas y sus desenvolvimientos posibles, el proletariado, que es la clase más expoliada, caminará por vías inútiles o desastrosas o se atará a las manos de la burguesía fortalecida. Como el imperialismo presenta un alto grado de flexibilidad, y como las facciones de la burguesía del país tienen su precio, es preciso que el proletariado no se engañe. El imperialismo, después de atravesar la era de la agresión y expoliación pura y simple, modificó sus prácticas, volviéndose "menos visible" y más penetrante. Después de la época del *big stick*, se comenzó a presentar como un imperialismo "esclarecido" o "comprensivo", que presta dinero a plazos y propone asociaciones con los capitales nativos. Actualmente acepta formas jurídicas nuevas, para preservar y profundizar los vínculos. De este modo, todos los sectores de la economía nacional se encuentran actuando en grados variables, debido a las nuevas combinaciones formuladas por el imperialismo

en su actual fase. Pero como los sectores de la producción no se desarrollan aislados, sino integrados en una sociedad, cultura y sistema político, el imperialismo se vio en la contingencia de avanzar también por dentro de esas esferas de la civilización brasileña. Así, los términos en que se encontraba configurada la lucha, antes de 1930, se alteraron radicalmente. En una época en que el pueblo toma conciencia y formula una lucha más abierta y temeraria, el imperialismo, apoyado en las varias facciones de la burguesía del país, reelabora y refina su actuación, actuando con las técnicas más modernas, que la nueva coyuntura impone.

Por eso, el dilema *capitalismo o socialismo* precisa ser puesto en sus debidos términos. A mi entender, según la historia de las últimas décadas, Brasil ya se encontraba instalado en la condición de *socio menor* del capitalismo internacional. Como el imperialismo no puede conservar a la nación en estado de dependencia total, debido a la lucha continua sustentada por las fuerzas democráticas más avanzadas, dado el interés de una parte de la burguesía en retener en el país una mayor parte del excedente económico, el capitalismo internacional decidió transformar a la nación en un *socio dependiente*. A través de las asociaciones de capitales, las naciones imperialistas resolvieron transformar al Brasil en una área de expansión y punto de apoyo para operaciones sobre las naciones menos desarrolladas. La industria automovilística instalada a partir de 1955, revela claramente el carácter y las tendencias de las nuevas reintegraciones económicas y políticas desarrolladas por el capitalismo internacional. Por eso, el dilema capitalismo o socialismo asume un carácter singular. En tanto que el capitalismo ya se encontraba instalado en el desarrollo, en soluciones en que el imperialismo se encuentra siempre presente, el socialismo depende de una total reorientación de la historia, como de la subversión de un universo cristalizado y coeso, frente al cual el proletario precisa actuar con las únicas armas disponibles rechazando toda mistificación.

Para comprender las posibilidades reales de una revolución socialista en Brasil, necesitamos examinar diversos problemas. Veamos cómo ellos se presentan a través del análisis de dos posibilidades relacionadas directamente con la configuración presente de la sociedad brasileña.

Una de ellas precisa apoyarse en el examen y adecuada ponderación política del estado de las relaciones de producción en los sectores dominantes de la economía nacional: industrias semipesada y pesada, agricultura de exportación y para el mercado interno, pecuaria, economía extractiva, minera. En esas esferas, las condiciones sociopolíticas de existencia de los asalariados deberían indicar una situación insostenible para el proletariado. De hecho, en el campo hay peores condiciones de existencia,

donde impera la desnutrición, el analfabetismo, el despotismo patrimonial, el subempleo, la inseguridad, etc. Estas condiciones serían fundamentos para una radicalización, aunque el trabajo político sea difícil cuando el pauperismo domina las condiciones de existencia. Esta es la situación en que vive gran parte de la población rural.

Mientras tanto, en la ciudad el proletariado no se encuentra en situación similar. Independientemente de sus condiciones reales de vida, en muchos sectores sus salarios están por debajo del necesario para los mínimos vitales, impregnado de una euforia transitoria, expresada en una *conciencia de movilidad* que se produjo con la expansión y diversificación del sistema fabril. Además de eso, los contingentes de trabajadores de origen rural se distribuyen entre el proletariado existente, desnivelando y segmentando su experiencia acumulada, penetrándola con ideales de movilidad o revalorizando ideales de la democracia liberal.

Pero esa interpretación no es satisfactoria porque se funda en la presunción de la existencia de las clases sociales, constituidas y configuradas con sus designios históricos formulados. Y eso no es lo que encuentra en la sociedad brasileña. No hay duda de que ciertos sectores de la burguesía se encuentran bastante desarrollados con sus caracteres de clase configurados. En esos casos, se constituyen en vanguardia de la respectiva clase, con una visión del mundo más estructurada. Pero estos factores no están desarrollados tal como los del proletariado, que es la clase más poderosa en condiciones de deflagar en un movimiento revolucionario. En cuanto clase que niega el orden burgués, el proletariado no se encuentra suficientemente maduro al grado de poder reorientar la historia. La estructura de clases se encuentra en formación, no habiendo aún alcanzado la etapa de madurez en que las relaciones negativas puedan formularse y expresarse.

Cabe, entre tanto, otro camino para la comprensión de las condiciones y posibilidades de la revolución socialista en Brasil. Aquí está integrado y ampliado el discurso realizado en las reflexiones anteriores. Podemos partir de la consideración de que el capitalismo no se encuentra suficientemente desarrollado, lo que implica clases sociales incompletamente constituidas. En este caso, la estructura agrariocolonial aún no fue completamente destruida, revelando tenacidad y capacidad de resistencia como en el caso brasileño. Dado el contingente electoral del mundo agrario, la preservación de prácticas políticas configuradas en el *coronelismo*, el peso político del segmento colonial en la sociedad brasileña es mayor que su peso económico, lo que involucra una distorsión del proceso político. La discordancia entre el poder político del segmento agrario, menos poderoso económicamente que el industrial, y el poder político del segmento fabril,

posibilita la manutención en las manos de los representantes de la civilización agraria, un poder que distorsiona el sentimiento del desarrollo nacional.

En consecuencia, la contradicción más profunda por la que atraviesa la sociedad brasileña es la que se manifiesta entre las dos partes en que se divide la burguesía: aquella vinculada a la industrialización, y la otra, producida con la economía agrariocomercial exportadora. Y hasta un conflicto armado puede ocurrir en esas discrepancias de intereses de estilos de apropiación y capitalización, de modos distintos de organización de la producción, poniendo a la sociedad capitalista en formación en una situación delicada. Como los niveles de capitalización posibles de ser realizados por el sector industrial no pueden ser alcanzados con la manutención de los modos tradicionales de utilización de la fuerza de trabajo y del capital acumulado en el segmento agrario, esas dos esferas chocan o tienden a entrar en conflicto. En este momento, el proletariado puede empujar el movimiento revolucionario confundiendo las facciones burguesas en lucha, imprimir nuevas orientaciones a la correlación de fuerzas hasta entonces posesionadas del poder. Dependiendo de la vivacidad de las vanguardias obreras y de las indecisiones y recursos de los grupos burgueses en conflicto, una situación como ésta puede abrir el camino al socialismo.

En esta interpretación, es evidente que el problema de las contradicciones entre los intereses de la burguesía nacional y el imperialismo son colocados en segundo plano. Esto no significa que no sean relevantes. El imperialismo está presente en todos los momentos de la existencia de la burguesía agraria o industrial, envolviéndose, más o menos, con ambas. Por eso, no nos parecen decisivas las discrepancias entre los intereses de la burguesía considerada nacional y el imperialismo. Como ya vimos, el imperialismo ha reelaborado sus técnicas de penetración y se ha infiltrado profundamente en la sociedad nacional, inclusive en las áreas juzgadas abstractamente como nacionales. Hay niveles de integración que están siempre abiertos a las facciones agraria e industrial de la burguesía. En ambos casos, no hay una contradicción de tipo dialéctico, en que una, necesariamente, deba suprimir a la otra. Las relaciones entre la burguesía "nacional" y el imperialismo, o entre las facciones agraria e industrial de la burguesía, no son relaciones negativas. Históricamente, la existencia de una no implica la supresión de la otra; puede implicar en la incorporación o integración, en que el sistema capitalista, que penetra todo, defina y organice todo. Puede ocurrir, entre tanto, un conflicto de amplias propor-

ciones entre las facciones de la burguesía, incluyéndose el imperialismo por error de cálculo, rigidez, ceguera o audacia. Pero ese conflicto tenderá siempre a superarse por una reintegración de los mismos ingredientes. En ese momento, si el proletariado estuviera preparado para movimientos políticos insurreccionales, podrá empujar la situación, apoderarse del poder e instaurar el socialismo.

Esta interpretación necesita de algunos esclarecimientos complementarios. Ella aclara las relaciones entre el proletariado y la burguesía en sus debidos términos. El hecho de considerar como necesario un proceso revolucionario inicialmente burgués no significa que las contradicciones entre el proletariado y la burguesía no sean acentuadas, profundas y determinantes, a pesar de encontrarse el sistema capitalista en formación. Lo que ocurre, es que esas contradicciones, determinantes en una sociedad como la brasileña, se encuentran disfrazadas, sumergidas bajo las disputa entre la facciones burguesas en lucha por la apropiación de mayores excedentes económicos, comprometiendo el poder político y la definición de la política económica (reforma o conservación de las instituciones).

Una interpretación como ésta, se funda en dos órdenes de investigación que le dan validez histórica y, por tanto, teórica. En primer lugar, en el estado presente de las fuerzas productivas (agricultura exportadora, industria naciente) y de las relaciones de producción (tensiones sociales en el campo, crisis institucionales), los conflictos entre las clases obrera y burguesa no pueden deflagrar con intensidad. La insuficiente madurez del sistema de clases se debe a una incompleta madurez de las condiciones de existencia y de la propia conciencia de clase. La clase obrera no avanzó aún para la fase política en la que ella se constituye plenamente. En ese proceso, los líderes no han comprendido plenamente sus papeles. Como ellos conciben la presente configuración histórica en términos erróneos, la organización y el sentido del liderazgo los lanzan en caminos ambiguos, estériles. Politizar a las masas es también ofrecerles instrumentos ideológicos y organizatorios para la insurrección cuando se proyecta marchas hacia el socialismo.

En segundo lugar, en otro orden de la investigación, también alarga las bases de esta interpretación. Ésta se funda en el hecho de que las revoluciones socialistas realizadas en Rusia, en China y en Cuba, fueron, en principio, revoluciones burguesas, destinadas a modernizar el sistema productivo, liberar las relaciones de producción, para que las fuerzas productivas puedan expresarse más ampliamente. Es un proceso revolucionario que nace de las exigencias de la industrialización y genera la

democratización de las instituciones, la libertad de los movimientos de las masas. En ese contexto, las vanguardias proletarias apresan el poder. Con base en las contradicciones existentes, en la organización política y politización del proletariado, en el debilitamiento y contradicciones internas de la burguesía, la clase obrera puede apoderarse del poder e imponer su dominio.

Tal interpretación no es válida únicamente por sus confirmaciones positivas. Adquiere mayor consistencia cuando examinamos las revoluciones burguesas que no desembocan en revoluciones socialistas. En Egipto, cuando se rompe el yugo inglés, o en Brasil, en 1930, cuando es derrotada la burguesía agraria, no hubo revoluciones socialistas porque las clases obreras en esos países no se pudieron organizar suficientemente dadas sus proporciones reducidas, su formación reciente y poderío limitado. Por eso el proletariado, en esos casos, a pesar de su preparación y visión histórica de la situación, no puede realizar una reorientación del proceso revolucionario. En el caso brasileño, a pesar de la preparación política y de la experiencia acumulada en luchas iniciadas a fines del siglo pasado, el proletariado no puede posesionarse y reorientar el proceso político porque la burguesía tuvo condiciones y discernimiento para reaccionar a tiempo, evitando la radicalización deseada por algunos de los grupos que estuvieron involucrados en la revolución. A mi entender, en esa línea se debe comprender el movimiento de 1935, en que los comunistas habían planeado tomar el poder. Comprendiendo con excesivo optimismo la situación política y las debilidades y limitaciones de la burguesía, la Alianza Nacional Libertadora (ANL) inició una insurrección que estaba apoyada en una interpretación diferente de como fue esbozada en este ensayo. Los dirigentes de la Alianza no analizaron debidamente el papel de la preparación ideológica y política del proletariado, parte de la clase media y del naciente proletariado agrícola, lanzando una insurrección inoportuna, cuando la burguesía ya se hallaba consolidada en el poder. En 1935, después de los conflictos más graves entre las facciones de la burguesía (especialmente entre 1930-1935), ésta ya se encontraba consolidada, organizando el aparato estatal y los instrumentos de mando de manera más flexible y con una visión más amplia. El sistema militar de sustentación se hallaba estructurado. En esa época, la burguesía ya había tomado la iniciativa en el diálogo con la clase obrera, imponiendo reglas y condiciones. Solamente en los años recientes, junto a las transformaciones radicales operadas en el seno de la clase obrera, industrial y agraria, el diálogo parece inclinarse hacia directrices propuestas por el proletariado y por el campesinado. Si los líderes

supieran interpretar la realidad nacional y formular una orientación política consecuente con las posibilidades de los choques entre las facciones de la burguesía, el proletariado industrial y agrícola podría imponer su dominio e instaurar el socialismo. En caso contrario, el capitalismo continuará su curso hasta que las condiciones histórico-estructurales se organicen bajo nuevas bases.